

Y vio Dios que era bueno...

La Asunción²

CuadMon 150
(2004) 347 - 356

Hay un hermoso mosaico en el ábside de la basílica de Santa Praxedes³ en Roma que, en lo personal, me gusta mucho y me sirve para explicar una realidad de la Santísima Virgen. En el ábside se ve la imagen del Cordero Pascual posado sobre una fuente de la cual brotan cuatro ríos. Se trata del Cordero Pascual que es el vencedor en el Apocalipsis, pero está posado sobre la fuente de los cuatro ríos del Génesis, es decir del Paraíso original, de los comienzos. En Dios no hay tiempo, porque es Señor del tiempo, es su creador, y por tanto se sirve de él para los fines que él quiere, en especial los relacionados con nuestra historia de salvación.

Sabemos que la Virgen ya goza de las realidades del cielo, pero ella ha estado presente en el designio salvador de Dios desde el origen. Por eso ella es la nueva Eva y la nueva Arca de la Alianza.

Muchos de los Padres han visto en Eva la imagen de María, especialmente cuando se sigue a San Pablo en su reflexión sobre Cristo como nuevo Adán. Dios dijo que no era bueno que el hombre estuviera solo⁴. Hay que entender

¹ Monje benedictino de la Abadía de la Santísima Trinidad de Las Condes (Chile).

² Retiro con motivo de la solemnidad de la Asunción predicado en el monasterio de La Asunción de Rengo en el 2003.

³ Basílica cercana a Santa María Mayor, construida en el 822 por Pascual I y que contiene los monumentos bizantinos más importantes de Roma. Cf. Bernabé Dalmau, osb, *Roma*, Barcelona, 1999. 81s.

⁴ Cf. *Gn* 2,18.

esta afirmación en el contexto en el cual fue dicha. En el Paraíso, después que Dios creara todo lo que existe, lo bendijo viendo que estas criaturas eran buenas. *Y vio Dios que era bueno, y atardeció y amaneció el día...*⁵. La creación paradisiaca era buena, era imagen de la bondad y del bien supremo que era Dios. Por eso la creación de Adán, a imagen y semejanza de Dios, con el soplo de su aliento de vida⁶, no podía ser una mala creación. Era perfecta. Pero el hombre estaba solo, y era el único en toda la creación que había sido hecho a semejanza no sólo del Bien que es Dios, sino a su misma imagen. Y Dios es relación entre sí; Dios es tres personas de igual divinidad que se aman entre sí con un Amor perfecto. El hombre no tenía a nadie igual a sí a quien darse en este amor perfecto, porque las criaturas eran inferiores a la dignidad del hombre⁷, y éste no pudo encontrar en ellas su igual a quien amar. Por eso Dios crea a la Mujer, crea a Eva. Y la crea de igual naturaleza que el hombre, de su misma materia, de su misma corporalidad, y del mismo espíritu de vida que Él había insuflado en Adán⁸. Así como Eva nace del costado del hombre, Adán, así María refiere siempre al costado de Cristo, y está tan unida a él, que al ser traspasado su costado en el Calvario, una espada traspasa también el alma de María, como lo habían anunciado Simeón y Ana en el Templo de Dios⁹. Cuando todos abandonaron a Jesús, María, como Eva, estuvo cerca de él para que no estuviera solo¹⁰, porque la profecía del Génesis es universal: no es bueno que el hombre esté solo.

Pero Eva no es sólo un anticipo, una figura, sino también un antetipo. Es como si la figura de la Nueva Eva no hubiera sido aún perfilada en su totalidad. Eva acompañó a Adán en su desobediencia a Dios, e incluso lo instó a comer del fruto¹¹. La Nueva Eva, es aquella que induce al nuevo Adán a adelantar su hora de salvar al género nacido de sus entrañas, e induce a los hombres a aceptar la Palabra de aquel que puede cambiar el agua en vino¹². Eva acompañó a Adán en su exilio del paraíso, la Nueva Eva acompaña al nuevo Adán en su camino doloroso hacia el

⁵ Gn 1,12b-13; 18b-19; 21b.23; etc.

⁶ Cf. Gn 1,26; 2,7.

⁷ Cf. Sal 8,7.

⁸ Cf. Gn 2,21-22.

⁹ Lc 2,35.

¹⁰ Cf. Jn 19,25.

¹¹ Cf. Gn 3,6.

¹² Cf. Jn 2,3-5.

Calvario, pero no deja de acompañarlo tampoco hacia su gloria. Ella es una especie de reflejo permanente de Cristo.

Eva después de su exilio del paraíso fue también madre de todos los vivientes¹³, María después de vivir el camino del Calvario fue hecha madre de todos los creyentes y de toda la humanidad¹⁴. La virginidad de Eva en el Paraíso y su fecunda maternidad después del exilio, se unen en María como una nueva realidad del hombre redimido en Cristo.

No hay que olvidar tampoco la promesa que Dios hace a Eva de generar en ella un descendiente que hará posible que la serpiente sea definitivamente aplastada por su pie¹⁵. Es lo que se llama el proto-evangelio o primer anuncio de una buena nueva definitiva y total.

Pero hay también una dimensión que pocas veces he visto retratada en los Padres y en los teólogos, que es el de la puerta del paraíso. María es la puerta del Paraíso porque es claro que ella es la puerta del cielo. Es la puerta de la Iglesia, por la que entran los que quieren conocer y amar más a su hijo. Por eso siempre su imagen tiene un lugar privilegiado cerca de la puerta de las iglesias, porque es símbolo de esta realidad más profunda. Ella es quien por los siglos ha sido custodiada por la espada llameante del querubín que impedía el regreso del hombre al paraíso, pero que impedía también cualquier contacto de esta Puerta del Paraíso con el pecado¹⁶. Y así se canta la antífona "Por Eva se cerraron a los hombres las puertas del Paraíso y por María Virgen se han vuelto a abrir a todos, aleluya"¹⁷. Porque ella es la puerta misma que permitió al Dios incorruptible y eterno, pasar del centro del Paraíso, donde estaba el Árbol de la Vida, al mundo, adonde fueron expulsados Adán y Eva. Si nos referimos a la Virgen como Puerta del Cielo, necesariamente tendremos que pensar en ella como puerta del Paraíso. Además es en el Génesis donde primero se habla de una puerta del Cielo, y es cuando Jacob ve la escalera por donde los ángeles suben y bajan, y exclama que ese lugar no puede ser otro que la Casa de Dios, Betel, es decir, la Virgen como morada del Hijo único de Dios o bien la Virgen como la imagen de la casa de Dios que es la Iglesia¹⁸.

¹³ Cf. *Gn* 3,20.

¹⁴ Cf. *Jn* 19,25

¹⁵ Cf. *Gn* 3,15.

¹⁶ Cf. *Gn* 3,24.

¹⁷ *Liturgia de las Horas, según el rito romano*. Volumen IV. Coeditores Litúrgicos, 1988^o, 1106.

¹⁸ Cf. *Gn* 28,17.

Preservada de todo pecado en vistas al nacimiento de aquel que quitaría los pecados del mundo, fue guardada desde siempre por el querubín con la espada llameante y fue desde siempre escogida como arca sagrada, protegida por dos serafines, en la cual se custodiaría el verdadero Maná, el verdadero Pan del Cielo, y la Palabra de Dios, las verdaderas Tablas de la Ley hecha carne, y la piedra angular en la cual el edificio del mundo y de la Iglesia se cimentan, Cristo, el Señor. Por esto en el antiguo Israel, Moisés recibió en el Monte Sinaí las indicaciones precisas para construir el Arca, que debía contener las tablas de la Ley de Dios¹⁹, y un trozo del maná que alimentó a los israelitas en los cuarenta años de su peregrinación por el desierto desde que salieron de Egipto hasta que entraron en la Tierra Prometida²⁰. La Virgen se convirtió en el cumplimiento de esta prefiguración, de esta profecía del arca de la Alianza.

Dos hechos nos permiten asegurar que la Virgen era arca de la Palabra de Dios hecha carne, no sólo en el cuerpo, sino también en el corazón: el pasaje en que se nos dice que ella guardaba todas estas cosas y las meditaba en su corazón²¹ y el pasaje en que el Señor declara que su madre y sus hermanos son aquellos que escuchan la palabra de Dios y la cumplen²².

No solamente es el receptáculo o el arca que custodia a Dios, sino que es también la perfecta discípula. Así como Moisés fue digno de ser contado entre los amigos de Dios, los que ven su rostro cara a cara²³, así también la Virgen, y más aún, no sólo veía al Dios hecho hombre cara a cara, sino que éste tomó su rostro del suyo. Así como Moisés estuvo presente en la transfiguración de Cristo en el monte Tabor²⁴, así la Virgen estuvo a su lado en su pasión y muerte en el monte del calvario²⁵, y así como Moisés murió y nunca fue encontrado el lugar donde fue enterrado²⁶, así la Virgen, más perfecta que Moisés, no murió y fue llevada a los brazos de su Hijo en cuerpo y alma, al igual que Elías en el Carro de Fuego²⁷; Elías que fue el otro testigo de la Transfiguración.

¹⁹ Cf. *Df* 10,2.

²⁰ Cf. *Ex* 16,32-33.

²¹ Cf. *Lc* 2,19.

²² Cf. *Mt* 12,50.

²³ Cf. *Ex* 33,11.

²⁴ Cf. *Mt* 17,3.

²⁵ Cf. *Jn* 19,25.

²⁶ Cf. *Df* 34,6.

²⁷ Cf. 2 R 2,11.

La Virgen es modelo de la perfecta discípula, aquella que tiene como meta cumplir cabalmente la voluntad de Dios. Pero como conocer la voluntad de Dios a veces es claro, por ejemplo cuando hay un mandato expreso de Dios (*no matarás*²⁸, *ama a tu prójimo como a ti mismo*²⁹, *id y bautizad en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo*³⁰, etc.), y, a veces, no tan claro, por ejemplo... ¿qué quiere el Señor que yo haga con mi vida?, o ¿cómo en este caso concreto ejercer la caridad sin ofender a mi hermano?, etc., es necesario guardar y meditar permanentemente en el corazón la Palabra de Dios, compenetrarse tanto de Dios con la escucha objetiva de su Palabra, que Dios llegue a habitar en nosotros. Que, como dice San Pablo, ya no sea yo, sea Cristo quien vive en mí³¹. Pero esta meditación de la Palabra de Dios se hace también en la oración personal y comunitaria, y María fue también modelo de esta oración, ella perseveró con los apóstoles en todo ese tiempo que medió entre la partida del Señor a los cielos en su Ascensión y la venida del Espíritu Santo sobre los apóstoles y las santas mujeres, que también los acompañaban y servían³². María ya estaba llena del Espíritu Santo desde la Anunciación³³, pero le faltaba lo que a los demás apóstoles, la revelación plena de Dios Trino, aunque ella ya lo intuía por todo lo que había vivido, Dios la hizo esperar junto con la Iglesia para darle el entendimiento total de la plena revelación. María recibió junto con la Iglesia naciente, los dones del Espíritu, y aunque nada se nos dice de ella después de este don, con su silencio anunció a su Hijo más que todos los demás, con sus magníficos discursos y don de lenguas.

Ninguno de los grandes momentos de la Historia de la Salvación se dio sin que María estuviese presente, al menos en la mente de Dios. Cuando la historia de Salvación se hace plenitud de los tiempos, la Anunciación hace posible que Dios tome la naturaleza humana y haga posible así nuestra redención. La Natividad del Hijo de Dios, que inició nuestra era cristiana; la Epifanía, en la que Dios se mostró a los gentiles como el Dios de todos los pueblos; la Presentación de Jesús en el Templo, en la que Simeón profetizó que Jesús sería luz para alumbrar a las nacio-

²⁸ Ex 20,13.

²⁹ Mt 19,19.

³⁰ Mt 28,19.

³¹ Cf. Ga 2,20.

³² Cf. Hch 1,14.

³³ Cf. Lc 1,35.

nes y gloria de su pueblo Israel, y además que una espada traspasaría su alma; las bodas de Caná, en las que el Señor inició su vida pública; el calvario, en el que murió para darnos la vida; la Resurrección, en la que el mundo se alegró, y finalmente la Ascensión y Pentecostés. Así como la Virgen nunca estuvo ausente de lo que era realmente importante para la salvación del hombre, no puede tampoco ahora estar ausente de la vida de la Iglesia y de la vida de cada uno de los cristianos, pues sin ella nada de lo que nuestra fe celebra hubiera sido posible.

Así, preservada en su Concepción Inmaculada, debió a los nueve meses nacer en nuestra carne, para ser el prototipo de la humanidad redimida, es decir, una nueva profecía de lo que nosotros, con la gracia de Dios llegaremos a ser en Cristo. Así como el Arca de la Alianza fue profecía de la Virgen, así la Virgen es anticipo de lo que seremos. Y es además puerta del cielo, puerta por la cual entran los hijos, las ovejas de Dios, al reino del Padre, al corral del Hijo y al cenáculo del Espíritu Santo. El Dios de la que ella fue Hija, Esposa y Madre.

Habiendo reflexionado sobre el origen, es necesario ahora volver la mirada hacia el futuro, hacia la ciudad eterna, de la que ese Cordero Pascual de la basílica de Santa Praxedes es centro y fuente.

La Asunción es un misterio que marca toda la vida de la Iglesia. Si la Inmaculada Concepción de María era la custodia que Dios puso sobre las puertas del Paraíso para que ni el más leve atisbo de mal y de pecado se introdujera en ella, así la Asunción es su desenlace natural.

Así como María es parte del costado traspasado de Cristo en su Muerte, así es también su costado en su resurrección y glorificación. Los iconos orientales nos muestran la Asunción como el alma de María que Cristo sostiene en su costado izquierdo. Cristo siempre es el centro de esta escena, el que la preside.

Dios cumple siempre sus promesas. Nos ha prometido una redención plena, la resurrección de la carne, al final de los tiempos; y la victoria del descendiente de Eva sobre la serpiente. Siempre una promesa o una profecía requiere un signo para ser creída, independientemente de la fe que tenga quien recibe la visita de Dios. Cuando el ángel anuncia a María que será madre del Salvador, le da como signo de su cumplimiento a su prima Isabel, anciana estéril que ya está en el sexto mes de su embarazo³⁴. Así Dios ha querido regalarnos no sólo el gran signo de la

³⁴ Cf. Lc 1,36.

Resurrección del mismo Señor, sino también la glorificación de su más grande sierva, la Virgen María, para demostrarnos a través de este signo que no sólo Jesús retorna al cielo porque es Dios, sino que allí irán también todos los que como María han escuchado la palabra de Dios en su corazón, la han meditado y han cumplido su voluntad.

La visión que nos narra el Apocalipsis está cargada de un fuerte simbolismo. Una mujer vestida de sol con la luna a sus pies y en su cabeza una corona de doce estrellas³⁵. La mujer está encinta³⁶, es decir, es una nueva Eva, madre de todos los hombres, pero lo importante es que está revestida de sol. El Sol que nace de lo alto es el mismo Señor Jesucristo, como hemos descubierto al rezar cada día *Laudes*³⁷. En el fondo son las mismas palabras del Apóstol llevadas a su plenitud: estar revestidos de Cristo, haber dejado a Cristo vivir en uno, como si nosotros mismos ya no viviéramos³⁸. La vida de Cristo en nosotros no anula nuestra propia existencia, así como la Mujer del Apocalipsis no ha quedado reducida a simplemente el Sol. Ella es claramente "ella", pero revestida del Sol de justicia; y con la luna bajo sus pies. La luna nunca brilla por su propia luz, sino que brilla tanto más cuanto más se deja iluminar por el Sol. Ella es la luna, que en la oscuridad de muchos hombres permite ver el camino que nos conduce al nuevo día: Cristo, el Sol de justicia. Ese día es el Día de la victoria final de Cristo, el Día de *Yahvéh*. Ella brilla con una gran luz, cuando la oscuridad no permite ver a Cristo. Y está coronada de doce estrellas: esas doce estrellas son, por una parte, los apóstoles de quienes ella es la Reina, a quienes reunió en el cenáculo cuando la Cabeza de la Iglesia estaba ausente, y que permitió a la Iglesia recibir el Espíritu³⁹. Esas doce estrellas son los doce patriarcas de Israel, el pueblo que Dios se había escogido, y que cantó por primera vez la victoria de su Dios cuando pasaron el Mar Rojo, símbolo del bautismo, por boca de otra María que también estuvo al costado del gran hombre de Dios Moisés⁴⁰. Esos patriarcas y estos apóstoles, son representantes de toda la Iglesia que Dios se ha constituido, por eso en ellos estamos todos y cada uno de nosotros: el pueblo innumerable prometido a Abraham, que sería como las incontables

³⁵ Cf. *Ap* 12,1.

³⁶ Cf. *Ap* 12,2.

³⁷ Cf. *Lc* 1,78.

³⁸ Cf. *Ga* 2,20.

³⁹ Cf. *Hch* 1,14.

⁴⁰ Cf. *Ex* 15,20.

estrellas del cielo⁴¹. Y esas estrellas tienen como única cabeza el astro mayor del nuevo día, Cristo. Pero tienen como protectora a la Luna, que no brilla con colores propios, sino que preside la inmensidad de la noche, y que junto con la Iglesia, espera el retorno de su Señor. Por eso reza la oración del mes de María: *y la más bella corona que podemos depositar ante vuestros pies*, –o podríamos decirlo de otro modo: “poner sobre tu cabeza” –*es la de nuestras virtudes*⁴². Sólo si nos vemos reflejados a nosotros mismos en la imagen de las estrellas, entenderemos lo que a continuación aparece en el Apocalipsis: el dragón que con su cola barre la tercera parte de las estrellas del cielo⁴³, es decir, de los hombres. Porque al diablo no le interesan para nada las estrellas, sino las almas.

El hecho de estar revestida de sol y coronada de estrellas, el hecho de vivir plenamente en Cristo como criatura redimida, no la exime de las angustias y dolores del parto⁴⁴. No la exime corporal y ni espiritualmente, porque el ser redimido es un ser unitario: se da a luz y se engendra pasando por la angustia y el dolor. Esta es una realidad escatológica que tiene su paralelo en la temporalidad. Cristo nos recreó y nos volvió a engendrar y a dar a luz para el Padre, pasando por el dolor de su Pasión y Muerte. Y como María es un reflejo permanente de Cristo, no nos puede engendrar como hijos, sino en el dolor de ver a su propio Hijo muriendo en la Cruz. Ahí recibe de Cristo la misión de su maternidad universal. Si rehuimos el dolor no podremos ser engendrados, ni engendrar a otros para Cristo.

Después de dar a luz al hijo varón, destinado a regir a las naciones, la Mujer huyó al desierto, donde tiene un lugar preparado⁴⁵. El desierto es una imagen de la Iglesia peregrina, aquella Iglesia que continúa imitando al antiguo pueblo de Israel, que avanza desde la esclavitud de Egipto hacia la libertad de los hijos de Dios en la tierra de la verdadera promesa: aquella en la que realmente se gozará la paz y que manará en abundancia leche y miel. Ese lugar preparado es misteriosamente doble: por una parte es en medio de la Iglesia, en medio del desierto, y por otra al costado del Cristo glorioso, como nos lo muestran las *deesis* de los iconos orientales. Cuando los hijos de Zebedeo⁴⁶, o su madre, según otro

⁴¹ Cf. Gn 15,5.

⁴² Cf. Episcopado de Chile, *Oremus, manual bíblico-litúrgico de piedad*, Santiago, 1993³⁷, 306.

⁴³ Cf. Ap 12,3-4.

⁴⁴ Cf. Ap 12,2.

⁴⁵ Cf. Ap 12,5-6.

⁴⁶ Cf. Mc 10,37.

evangelista⁴⁷, piden a Jesús sentarse a su derecha e izquierda en su Reino, el Señor les declara que esos lugares ya están reservados por el Padre, y no está en su mano concederlo. En todas las imágenes del Juicio Final, siempre la Virgen está al costado del Cristo glorioso, como en los frescos de la Capilla Sixtina.

El dragón o la serpiente, se lanza en persecución de la Mujer al ver que el hijo que había dado a luz había sido arrebatado hasta el trono de Dios⁴⁸. Y lanza de su boca un torrente para arrastrar a la mujer, y ésta, aunque tuviese alas, podría haber sido alcanzada si la misma tierra no hubiese venido en su ayuda y se hubiese tragado el torrente⁴⁹. La tierra después de la expulsión del paraíso se convirtió en un castigo para el hombre, había sido maldecida por Dios a causa del pecado del hombre y su tarea era darle cardos y espinas cuando él tratase de obtener de ella su alimento⁵⁰. Pero en el ahora de Dios la tierra ha sido redimida junto con el hombre y es su aliada e incluso su defensora. Es como un nuevo paso del Mar Rojo, en el que los israelitas cruzan entre las aguas a pie seco.

La Virgen, en el Apocalipsis, tiene otra imagen que también es importante. La Jerusalén celeste, ataviada como una novia que se adorna para su Esposo. Esta Jerusalén tiene doce puertas y doce cimientos, que son los apóstoles del Cordero⁵¹. Las puertas y los cimientos son el paralelo de las doce estrellas que coronan su cabeza. Y es un recinto amurallado, aunque tenga sus puertas abiertas a todos los ángulos del mundo. Es un recinto amurallado, porque sólo en la intimidad del recinto cerrado se vive la plena comunión del amor con el Amado. El Edén eran un jardín cerrado, la Esposa del Cantar de los Cantares es un huerto cerrado⁵², el jardín del encuentro del Resucitado con la Magdalena es un huerto cerrado⁵³, y también lo es el Cenáculo. La Virgen es puerta abierta que atrae a todos hacia el centro de este jardín, hacia el centro de esta ciudad de Jerusalén, hacia el Árbol de la Vida, hacia la fuente de los Cuatro Ríos, hacia el Cordero degollado, hacia el Jardinero-Resucitado. Ser Puerta del Paraíso y Puerta del Cielo no es confusión del espacio interior con el espacio exte-

⁴⁷ Cf. *Mt* 20,20.

⁴⁸ Cf. *Ap* 12,13ss.

⁴⁹ Cf. *Ap* 12,16.

⁵⁰ Cf. *Gn* 3,17s.

⁵¹ Cf. *Ap* 20,10-14.

⁵² Cf. *Ct* 4,12.

⁵³ Cf. *Jn* 20,15.

rior, sino que es el cuidado de la clausura del Amor, es permitir el acceso de los hijos a la Cámara nupcial, y rechazar los lobos que no son ovejas del redil⁵⁴. El Señor está a la puerta llamando⁵⁵, o podríamos decirlo con palabras distintas, está, por María, llamando para entrar a cenar con nosotros. Si nosotros, como María, decimos “*fiat*”⁵⁶, o sea, “Sí”, o “Amén”, que es el nombre mismo de Cristo⁵⁷, Él entrará a nosotros.

Todo lo que podemos decir de María, lo podemos decir de la Iglesia de quien ella es imagen perfecta⁵⁸. La Iglesia llegará a ser lo que es María, porque como María nació del costado de Cristo. Y ella también es imagen perfecta del hombre plenamente redimido. Ese hombre que siendo un recinto de amor cerrado, tiene sus puertas abiertas a todos los confines de la tierra, y que como centro de su existencia tiene al Cordero Pascual, que es el Sol que día y noche lo ilumina, y del cual está revestido. Esta perfección no nos excluirá de sufrir la angustia y el dolor de engendrar a otros para Cristo, ni de ser atravesados por la espada en el centro de nuestra alma. Pero viviremos esto, no ya como un castigo, por vernos exiliados del Paraíso, sino por una experiencia del Costado de Cristo, de la cual nace la fuente del río de la vida⁵⁹.

Que al celebrar esta fiesta revivamos la experiencia del Paraíso, y anticipemos la experiencia del Cielo; que al vivir esta fiesta lo hagamos con la fe puesta en la victoria de Cristo, que es nuestra propia victoria como Iglesia y como hombres, siempre que nos mantengamos unidos al “Costado de Cristo”, como María.

*Abadía de la Santísima Trinidad
Casilla 27021 – Santiago 27
Chile*

⁵⁴ Cf. *Jn* 10,9ss.

⁵⁵ Cf. *Ap* 3,20.

⁵⁶ Cf. *Lc* 1,38.

⁵⁷ Cf. *Ap* 3,14.

⁵⁸ Cf. *Lumen Gentium* 63. 68.

⁵⁹ Cf. *Jn* 19,34.